MATERIAL DE LECTURA PARA PRENSA

La puerta cerrada

La crisis de la vivienda en Europa y el nuevo éxodo

JAIME LUQUE

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 1

La puerta que no se abría

Matteo tiene veintiocho años y un máster en diseño gráfico de una prestigiosa universidad del norte de Italia, y cada mañana se despierta en la cama de 90 x 190 cm en la que duerme desde los siete años.

El cuarto apenas ha cambiado en dos décadas. Los pósteres del AC Milan de la primera década del siglo XXI desaparecieron hace tiempo, sustituidos por láminas de arquitectura enmarcadas, un escritorio escandinavo encajado en una esquina, una lámpara de lectura de acero cepillado. Durante la carrera, pintó las paredes de un gris apagado, profesional, en un intento de señalar una transición que la arquitectura de la casa se negaba a reconocer. Las paredes no se han movido. La tabla del suelo junto a la puerta hace el mismo crujido que cuando volvía a escondidas de las fiestas del instituto. Al otro lado de la ventana —una calle arbolada de las afueras, en un pueblo a cuarenta y cinco minutos de Milán— nada ha cambiado desde que era un crío. El mismo vecino pasea a su perro a la misma hora. Las mismas campanas de la iglesia marcan los cuartos con precisión suiza.

Pasillo abajo, poco antes de las siete, su madre se mueve por la cocina. Matteo escucha el molinillo de café, el chasquido de la cafetera y la radio que se enciende con las noticias de la mañana. Esa secuencia de sonidos ha estado ahí desde que nació. Hubo un tiempo, durante los turbulentos años de la adolescencia, en que era un consuelo. Una garantía de estabilidad. Ahora, tumbado boca arriba, con la vista en el revoque del cielo raso, la percibe como una atadura.

Mira su teléfono. Son las 6:55. En cuarenta minutos tiene que estar en el tren regional en dirección a la estación Milano Centrale.

Se viste sin hacer ruido, enfundándose el uniforme de la clase creativa europea: vaqueros oscuros de orillo, una sobrecamisa de color neutro, zapatillas blancas limpias. Recorre el pasillo rumbo al baño con el sigilo entrenado de un intruso, para no despertar a su padre. En la cocina, su madre ya está pasando un paño por la encimera. Sonríe, le sirve un expreso pequeño y le pregunta si cenará en casa.

—Creo que sí —dice Matteo, apoyado en la encimera—. Puede que tenga que quedarme hasta tarde por la presentación, pero te escribo.

—Tu padre ha comprado la ternera que te gusta.

—Vale. Gracias.

No hay malicia en nada de esto. Sus padres son protectores y generosos; saben que el mercado es cruel y jamás le pedirían que se fuera. Están orgullosos de su título, de su empleo en una agencia digital mediana de la ciudad. Pero el impulso de separarse —ese instinto primario de

tener un lugar propio— sigue chocando con la realidad económica de la calle. La cocina no es suya. La cafetera no es suya. La rutina no es suya.

Tres días a la semana, Matteo tiene que viajar al trabajo. El tren regional se llena pronto. Va de pie junto a las puertas, rodeado de gente que se le parece: jóvenes profesionales de abrigos pulcros, teléfono en mano, apretados hombro con hombro. Mientras el tren avanza traqueteando hacia la ciudad, ven pasar tras los cristales rayados los polígonos industriales, los centros logísticos y el hormigón gris del cinturón de cercanías de Lombardía.

Según los indicadores oficiales del Gobierno italiano, Matteo pertenece a la clase media. Tiene un contrato de trabajo indefinido, un logro infrecuente que sus padres celebraron con una cena fuera. Tiene estudios. No tiene deudas, porque la matrícula universitaria en Italia está subvencionada. Tiene un historial crediticio impecable.

Y cuando abre el portátil en el tren, se lo apoya en el antebrazo y repasa los anuncios de alquiler en Immobiliare.it, las cuentas no le dan.

Un piso de un dormitorio —no junto al Duomo, no en Brera, sino cerca de la última estación de una línea de metro, en la periferia industrial, donde las aceras se agrietan y los supermercados son grandes cajas sin ventanas— cuesta entre mil cien y mil trescientos euros al mes.

El salario mensual neto de Matteo, después de los impuestos, es de mil seiscientos cincuenta euros.

Si firmara un contrato, solo el alquiler se llevaría casi el ochenta por ciento de sus ingresos. Si se suman los gastos de comunidad, el gas, la luz, el internet y la compra, el mes está en números rojos antes de haber empezado. No queda resto para el gimnasio, ni para un billete de tren para ver a los amigos, ni para arreglar una muela rota o reponer un portátil robado.

El mes pasado fue a ver un piso en persona. En Lambrate, un viejo barrio industrial que los agentes inmobiliarios vendían como «emergente». Cuarenta metros cuadrados. La cocina era una placa eléctrica y un fregadero en miniatura embutidos en un pasillo. El dormitorio daba a una vía de tranvía.

Había otras veinte personas viendo el piso. Desfilaban en silencio por las habitaciones pequeñas mirándose de reojo: una competición muda entre los pobres con estudios.

El agente, un hombre de impecable traje azul que parecía más joven que Matteo, repartió los formularios de solicitud. «El propietario exige un contrato indefinido, tres meses de fianza y un avalista», anunció por encima del ruido del tranvía. «Preferiblemente, un padre o una madre con escrituras de propiedad».

Matteo se quedó de pie en el pasillo estrecho, echando cuentas. Para instalarse en aquella caja de cuarenta metros cuadrados tendría que entregar tres mil seiscientos euros en efectivo, de inmediato. Y aun así tendría que volver a casa y pedirle a su padre, un funcionario jubilado, que estampara su firma en un documento legal como aval del alquiler. Arrugó el formulario y lo tiró a una papelera municipal camino al metro.

«No busco un ático ni una terraza con vistas», escribió Matteo en su respuesta a la consulta pública de la Comisión Europea a principios de este año, tecleando de madrugada en el escritorio que sus padres le compraron en secundaria. «Busco la dignidad básica de la vida adulta. Ahora mismo necesito una pareja solo para compartir el alquiler. Literalmente, no me puedo permitir estar soltero, y no me puedo permitir un solo error financiero. Si me independizo, un gasto imprevisto del dentista bastaría para ponerme al borde del desahucio. Así que me quedo en casa. Soy un niño con nómina».

Esta es la aritmética de la crisis de la vivienda en Europa. Lo enfrenta a decisiones que ninguna generación anterior tuvo que afrontar o, simplemente, a aceptar que no tiene opciones.

Los demógrafos, los economistas y los responsables de políticas públicas de Bruselas hablan de la generación de la «emancipación tardía». Es un término aséptico para nombrar la pérdida de algo que antes era rutina. En el sur y el este de Europa, y ya también en países del norte como Alemania o los Países Bajos, que solían presumir de independencia temprana de sus jóvenes, la edad media de emancipación se acerca a los treinta años. En Italia, España y Grecia, supera los treinta y dos.

Es una crisis silenciosa. No hay barricadas en llamas, ni policías antidisturbios, ni campamentos improvisados en las plazas. No se parece a las crisis de vivienda del pasado, marcadas por la miseria visible o los desalojos violentos. Ninguna de estas escenas atrae a las cámaras de televisión.

Sucede a puerta cerrada. Tiene la forma de millones de habitaciones infantiles repartidas por el continente, ocupadas por adultos hechos y derechos cuyas vidas han quedado suspendidas indefinidamente.

Para Matteo, como para otros millones, la ciudad europea moderna se ha convertido en una fortaleza con las puertas cerradas. Es una versión silenciosa y burocrática de una historia más antigua, la de una familia que llega a una ciudad próspera y descubre que todas las habitaciones están ocupadas, todas las puertas cerradas, y es empujada a los márgenes de la precariedad porque ya no hay sitio para ella.

Los titulares se centran, con razón, en el sufrimiento visible: las personas sin hogar, el aumento de los precios de compra, las familias arrojadas a la calle por los fondos buitre. Pero hay un grupo mucho más numeroso, que queda en las sombras porque no le ha pasado nada. No los han desahuciado. Les han impedido tener el hogar del que algún día podrían ser desalojados. Están encerrados fuera, ante una puerta que nunca han podido abrir.

El peso emocional que supone este estado de suspensión difícilmente pueda plasmarse en un artículo académico sobre economía o en un informe de políticas públicas, pero moldea el tejido de la vida cotidiana de millones de personas. Irse de casa ha sido siempre el primer hito de la vida adulta: el momento en que una persona asume la soberanía sobre su propio espacio, su propio horario, su propia puerta. Cuando los números impiden dar ese paso, lo que queda es tensión.

Para Matteo, la fricción es constante y de baja intensidad. La vacilación antes de invitar a alguien que le gusta a su casa, ya que tendrá que pasar con ella por delante del dormitorio de sus padres, susurrando para no despertarlos. La espera para cocinar, actividad que queda aplazada hasta que su madre termina, en una cocina donde cada cajón y cada estante pertenecen a otro. El momento en que su padre le pregunta a qué hora piensa llegar para cenar.

En una comunicación posterior a su respuesta a la consulta, Matteo describió con más detalle el desgaste psicológico. «A veces siento que estoy jugando a un videojuego en el que el siguiente nivel sencillamente no carga», escribió. «He acumulado los puntos necesarios. Estudié lo que había que estudiar, conseguí el trabajo que había que conseguir, ahorré. Hice todo lo que la generación anterior me dijo que había que hacer para salir adelante. Pero las reglas del juego cambiaron por completo mientras daba el examen. El premio final —un lugar sencillo y tranquilo al que llamar hogar— ha desaparecido del tablero».

En la agencia digital, Matteo se sienta junto a compañeros que están atrapados en versiones del mismo rompecabezas.

Está Clara, que viaja dos horas por trayecto desde un pueblo cercano a Bérgamo, porque se niega a pagar los alquileres de Milán. Se toma cuatro cafés antes de comer y el transporte le devora la vida.

Está Lorenzo, que alquila una habitación en un piso compartido con tres universitarios pese a tener treinta y un años y ser programador sénior. Esconde su comida en un estante de la nevera y hace fila cada mañana para usar el baño. Una década después de graduarse, tiene la vida de un estudiante de segundo.

Y está Giulia, que se fue a vivir con un novio a los seis meses de relación porque ambos necesitaban escapar de casa de sus padres. Pelean sin parar; la relación se resiente bajo la presión de la convivencia forzada, pero no pueden separarse porque ninguno puede pagar la fianza de un piso nuevo. Están atrapados por su situación habitacional.

La sensación de que el pacto intergeneracional se ha roto es el sentimiento que domina la pausa del almuerzo. Se sientan en la cocina minimalista de la agencia, comen de táperes preparados en sus casas de la infancia y contemplan el camino que recorrieron sus padres en materia de vivienda con una especie de vértigo.

Muchos de sus padres compraron la casa familiar con un solo sueldo de clase trabajadora a los veintitantos. Las generaciones más jóvenes, las que solemos llamar millennials y generación Z, dedican al alquiler un porcentaje de sus ingresos considerablemente mayor que el que dedicaban a su edad los baby boomers o la generación X. Los salarios se han desacoplado de los precios de la vivienda tan deprisa que la generación anterior apenas alcanza a registrar el cambio.

Cuando el padre de Matteo le sugiere que mire un poco más lejos, en los suburbios más baratos, está pensando en un mapa de Milán que, desde finales de los años noventa, ya no se corresponde con la realidad. Los suburbios ya no son baratos. Los ha absorbido el cinturón de cercanías dominado por la lógica financiera. Para encontrar un alquiler asequible y que cumpla la regla del treinta por ciento, Matteo tendría que vivir a tres horas del centro de gravedad de su propia vida: exiliarse de su industria, de sus amigos, de su futuro.

La puerta hacia una vida independiente está cerrada con llave. Para Matteo, Clara y Lorenzo, y para los millones de personas que despiertan cada mañana en sus camas de la infancia, la llave tiene un precio que no pueden pagar. La pregunta ya no es de dónde sacarán el dinero para irse. La pregunta es qué le ocurre a una sociedad cuando a toda una generación no se le permite empezar.

Fin del extracto. El capítulo continúa en el libro.

Nota para medios. Los personajes del libro son composiciones narrativas basadas en patrones recogidos en las aportaciones a la consulta pública; no deben presentarse como testigos identificados ni como citas literales de participantes.

Contacto de prensa: info@jaimeluque.com · jaimeluque.com/la-puerta-cerrada/